

## La Universidad De Amanda Labarca<sup>1</sup>

**Faride Zeran**

Vicerrectora de Extensión y Comunicaciones – Universidad de Chile  
fzeran@u.uchile.cl

Agradezco con profunda emoción este reconocimiento de la Universidad de Chile porque honra a una figura académica, feminista y defensora de la educación pública, de prestigio latinoamericano, como lo es Amanda Labarca, una pionera en la construcción y defensa de los derechos políticos y civiles de la mujer en nuestra sociedad.

Y es que Amanda Labarca ha inspirado no solo las luchas por la igualdad de las mujeres en todos los ámbitos, sino, incluso, sus reivindicaciones cobran hoy plena vigencia en una sociedad machista y discriminadora como lo demuestran estudios recientes de nuestra propia universidad y de otras instituciones de la sociedad chilena.

Una desigualdad y machismo que, más allá de las cifras, se reflejan cotidianamente en los medios de comunicación, en la calle, en las aulas, en el debate público, en los autobuses, en el metro, en las cifras de femicidio y, por supuesto, en la escasa presencia de las mujeres en los cargos de representación política. Incluso en el segundo gobierno de Michelle Bachelet, donde la paridad de género en su gabinete no fue siquiera una promesa.

Pero nada debe haber sido fácil para Amanda Labarca ni para ninguna de las intelectuales que desde fines del siglo XIX lucharon por los derechos de las mujeres en Chile; como Elena Caffarena, Olga Poblete o la misma Eloísa Díaz, quien fue la primera mujer profesional en Chile, y tuvo que cursar sus estudios de medicina detrás de un biombo.

Escritora, académica con estudios en la Universidad de Columbia y La Sorbona, activista por los derechos de la mujer, autora de varios libros y ensayos sobre educación, extensión universitaria y feminismo, sin duda Amanda Labarca era una mujer de carácter.

A raíz de un conflicto con sus padres Onofre Pinto y Sabina Sepúlveda, por la relación que había iniciado con su compañero del Instituto Pedagógico Guillermo

---

1 Discurso de Faride Zerán al recibir el Premio Amanda Labarca 2014 que entrega la Universidad de Chile en reconocimiento a las mujeres universitarias destacadas en el dominio de la cultura y el servicio del país. 10 de marzo, 2014

Labarca Huberston, luego de casarse con él, Amanda decide adoptar los apellidos de su esposo.

De Amanda Labarca sabía que había sido militante del Partido Radical, que en 1917 había formado el Círculo de Lectura y luego había dirigido el periódico Acción Femenina, que cumplió un rol importante en la lucha por la obtención del derecho a voto de las mujeres.

Sabía también que era una educadora destacada que luego de crear el Círculo de Lectura, en el año 1919 forma el Consejo Nacional de Mujeres. Y que es, precisamente, Amanda Abarca quien encabeza un proyecto de ley sobre derechos civiles, políticos y jurídicos que el año 1925 restringe en el Código Civil las atribuciones de la patria potestad de los padres, a favor de las madres; y que se habilita a las mujeres para servir de testigos y se autoriza a las casadas para administrar los frutos de su trabajo.

Y, por supuesto, que había sido la primera mujer académica de la Universidad de Chile, en 1922, para luego ser la primera en integrar el Consejo Universitario, en 1931, en tanto su cargo de Directora General de Educación Secundaria, y, más tarde, como delegada del Presidente de la República.

Entre los documentos que reviso descubro que a fines de la década del cuarenta fue nombrada directora del departamento de extensión cultural de la Universidad de Chile; que fundó las escuelas de verano de nuestra universidad; y que en esos años fue jefa de la Comisión Status de la Mujer de la ONU.

También, que creó el Liceo Experimental Manuel de Salas, y que luego viajó a Ecuador, Colombia y Panamá, comisionada por el gobierno para dar a conocer en esos países las bondades de la educación pública chilena.

¡Vaya paradoja!!! A mediados del siglo XX nuestra educación pública era no solo motivo de orgullo interno, sino un sistema digno de ser difundido en los países latinoamericanos; y casi cien años más tarde, sobre los escombros de esa herencia, intentamos reconstruir aquello que una vez nos distinguió.

“¡Horizontes inciertos, cuyas brumas ansiamos inútilmente avizorar claridades!” —escribió Amanda Labarca en 1945, en *Feminismo Contemporáneo*—. “Debemos resignarnos tan solo a auscultar esta realidad que nos rodea. Pedirle a ella la clave. Y ella nos conforta” —prosigue Labarca—.

“Que las gracias y virtudes de la mujer se prostituirían en la educación superior y en el trabajo extradoméstico lo vocearon todos cuantos los resistían en el siglo pasado. La experiencia demostró lo contrario”, concluye.

Sin duda, en ese sentido hay avances y hoy las cifras nos indican, por ejemplo, que en educación superior en América Latina el 53 por ciento de los universitarios son mujeres, pese a que en Chile, si bien las gracias y las virtudes de la mujer seguramente no se prostituyeron al ingresar a la universidad, sí afectó su presupuesto y su futuro

profesional, al contraer deudas de largo plazo para pagar sus estudios en un sistema de educación superior precarizado por la mercantilización y el lucro.

Como bien lo expresa el documento *Del biombo a la cátedra. Igualdad de Oportunidades en género en la Universidad de Chile* —un completo estudio elaborado por la Oficina de Igualdad de Oportunidades, iniciativa que, junto a la Comisión del mismo nombre, fuera creada por la actual rectoría en un hecho inédito en nuestro país— el 2011 la matrícula del pregrado de la Universidad de Chile ascendía 27.940 personas, de las cuales 52% eran hombres y el 48% mujeres.

En ese mismo estudio se apuntaba, sin embargo, a diferencias abismantes. De los 4.301 académicos en planta y contrata, solo el 34% son mujeres. Y en todas las jerarquías académicas hay mayor número de hombres, dándose la diferencia más marcada en la Categoría de Profesor Titular donde solo el 15,3% son mujeres.

Pero esta asimetría también se percibe en las remuneraciones. De acuerdo con ese estudio el promedio de remuneración bruta de las académicas es 21% menor que la de los académicos; y esta desigualdad está también en los cargos más altos, donde, por ejemplo, de las cuatro Vicerrektorías, la que ocupa una mujer, percibe un 33% menos de ingreso.

Este interesante estudio apunta no solo al diagnóstico, sino también a crear políticas institucionales que corrijan la desigualdad. Una desigualdad que cruza los tres estamentos y que, al igual que en el resto de la sociedad chilena, incorpora nuevos temas y desafíos que deben ser abordados.

Como el que señala lúcidamente una dirigente de la FECH, al entregar su testimonio dentro de este trabajo, apuntando a que

la Chile se convierte en un espacio que refleja los vicios del mismo sistema; todas las cosas que pueden afectar a las compañeras, compañeros homosexuales o de otras orientaciones, se reproducen en la Universidad ... El caso de la violencia de género es cotidiano y sucede todo el tiempo ...

Paralelamente, y para contextualizar desde dónde hablo cuando me refiero a las luchas de la mujer ayer y hoy, no es posible omitir el escandaloso hecho de que amplios sectores del poder político, económico y religioso se unan para impedir que exista en Chile no solo el aborto terapéutico, sino el derecho de la mujer a decidir sobre su cuerpo, o que las parejas del mismo sexo tengan plenos derechos.

Esos grupos que operan transversalmente en la política local no solo contaminan un debate ciudadano, sino que, además, obstruyen la obligación del Estado de promover políticas públicas al margen del pensamiento conservador y patriarcal.

Por ello, cuando hoy asistimos a la irrupción en el espacio público de las demandas democratizadoras de movimientos sociales que nos hablan de Asamblea Constituyente, nueva constitución, educación pública de calidad y gratuita, de las

demandas de nuestras minorías sexuales y de los derechos de nuestros pueblos originarios, es ineludible volver la mirada hacia nuestra universidad ...

Si la Universidad de Chile fue hace 170 años la cuna inspiradora desde donde se concretaron los anhelos libertarios y las bases de nuestra república, hoy, haciendo honor a las luchas de Amanda Labarca y de todas las mujeres universitarias que la acompañaron, podemos plantear como académic@s, estudiantes y funcionari@s, en una triestamentalidad que nos devuelve a la universidad democrática de fines de los años sesenta, que nuestra Universidad debe estar involucrada en este nuevo ciclo social y político que se abre en nuestro país.

Porque la principal universidad de Chile no puede sustraerse de este proceso, sino aportar desde su excelencia académica, desde la diversidad de miradas que la contienen, desde cada uno de sus saberes y disciplinas, y desde cada uno de sus integrantes, incluidas sus autoridades.

Es cierto, vemos a miembros de nuestra comunidad alzar la voz interviniendo en el debate público. A nuestro rector, que con su figura quijotesca interpela a las autoridades políticas sobre los temas de la educación superior. O a nuestros dirigentes estudiantiles, a nuestra actual presidenta de la FECH.

Pero no es suficiente. A veces algunos se ven solos, peleando contra los molinos de viento, sin que podamos divisar a toda una comunidad tras esos planteamientos.

Esa universidad que se mira el ombligo, y, junto a ello, se sumerge en los indicadores, en los *papers* que nadie lee, y desde el limbo de la tecnocracia se sustrae del debate republicano —porque pareciera que ser “académico” se contraponen con el ser “ciudadano”—, no es la universidad que soñó Amanda Labarca, ni la que se merece el país.

Tengo la certeza de que si la Universidad de Chile quiere seguir siendo la primera institución de educación superior pública del país, para mantener su prestigio y acrecentarlo debe asumir el concepto de lo público en toda su amplitud y diversidad.

En la docencia, investigación y extensión.

En la cátedra y en su sello editorial; en sus laboratorios y en su señal de Televisión; en su teatro, y en su estación de radio. En fin, en lo que tenemos y en aquello que debemos recuperar.

Quiero finalmente agradecer una vez más esta distinción que me llena de orgullo y que me compromete en una relación que partió en 1968, cuando ingresé a estudiar a la Escuela de Periodismo ubicada entonces en el ex Pedagógico.

Este honor se lo dedico a todas las mujeres de la Universidad de Chile. A las mujeres que conocí en la Universidad de Belén, la mayoría de las cuales debían cruzar el muro y someterse a las arbitrariedades del ejército israelí. Y a las mujeres de Venezuela, aquellas que bajan de los cerros y salen a las calles para defender el gobierno que eligieron en las urnas, porque saben que, tras el ruido de las cacerolas, en algunos países se escondió el ruido de sables.